

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Benedicto XVI

Catequesis

AUDIENCIA GENERAL - AÑO DE LA FE 2012-2013

Fue concebido por obra del Espíritu Santo

2 de enero de 2013

Queridos hermanos y hermanas:

La Natividad del Señor ilumina una vez más con su luz las tinieblas que a menudo envuelven nuestro mundo y nuestro corazón, y trae esperanza y alegría. ¿De dónde viene esta luz? De la gruta de Belén, donde los pastores encontraron a *«María y a José, y al niño acostado en el pesebre»* (Lc 2,16). Ante esta Sagrada Familia, surge otra pregunta más profunda: ¿cómo pudo aquel pequeño y débil Niño traer al mundo una novedad tan radical como para cambiar el curso de la historia? ¿No hay, tal vez, algo misterioso en su origen que va más allá de aquella gruta?

De este modo resurge siempre la pregunta sobre el origen de Jesús, la misma que plantea el procurador Poncio Pilato durante el proceso: *«¿De dónde eres?»* (Jn 19,9). Sin embargo, su origen está bien claro. En el Evangelio de Juan, cuando el Señor afirma: *«Yo soy el pan bajado del cielo»*, los judíos reaccionan murmurando: *«¿No es este Jesús, el hijo de José? ¿No conocemos a su padre y a su madre? ¿Cómo dice ahora que ha bajado del cielo?»* (Jn 6,41-42). Y, poco más tarde, los habitantes de Jerusalén se opusieron con fuerza ante la pretensión mesiánica de Jesús, afirmando que se conoce bien *«de dónde viene; mientras que el Mesías, cuando llegue, nadie sabrá de dónde viene»* (Jn 7,27). Jesús mismo hace notar lo inadecuada que es su pretensión de conocer su origen, y con esto va ofreciendo una orientación para saber

Esta afirmación del Credo no se refiere al ser eterno de Dios, sino que más bien nos habla de una acción en la que toman parte las tres Personas divinas y que se realiza «*ex Maria Virgine*». Sin ella, la entrada de Dios en la historia de la humanidad no se habría completado, ni habría tenido lugar aquello que es central en nuestra Profesión de fe: Dios es un "Dios con nosotros". Así, María pertenece de modo irrenunciable a nuestra fe en el Dios que obra, que entra en la historia. Ella pone a disposición toda su persona, "acepta" convertirse en lugar en el que habita Dios.

A veces, en el camino y en la vida de fe podemos también advertir nuestra pobreza, nuestra inadecuación ante el testimonio que se ha de ofrecer al mundo. Pero Dios ha elegido precisamente a una humilde mujer, en una aldea desconocida, en una de las provincias más lejanas del gran Imperio romano. Siempre, incluso ante las dificultades más arduas de afrontar, debemos tener confianza en Dios, renovando la fe en su presencia y su acción en nuestra historia, como en la de María. ¡Nada es imposible para Dios! Con Él, nuestra existencia camina siempre sobre terreno seguro y está abierta a un futuro de esperanza firme.

Profesando en el Credo: «*Por obra del Espíritu Santo, se encarnó de María, la Virgen*», afirmamos que el Espíritu Santo, como fuerza del Dios Altísimo, ha obrado de modo misterioso la concepción del Hijo de Dios en la Virgen María. El evangelista Lucas reproduce las palabras del arcángel Gabriel: «*El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra*» (Lc 1,35). Son evidentes dos remisiones: la primera es al momento de la creación. Al comienzo del libro del Génesis, leemos que «*el espíritu de Dios se cernía sobre la faz de las aguas*» (Gn 1,2); es el Espíritu creador que ha dado vida a todas las cosas y al ser humano. Lo que acontece en María, mediante la acción del mismo Espíritu divino, es una nueva creación: Dios, que ha llamado al ser de la nada, da vida con la Encarnación a un nuevo inicio de la humanidad. Los Padres de la Iglesia hablan en más de una ocasión de Cristo como el nuevo Adán, para poner de relieve el inicio de la nueva creación por el nacimiento del Hijo de Dios en el seno de la Virgen María.

Esto nos hace reflexionar sobre cómo la fe nos trae también a nosotros una novedad tan fuerte que es capaz de producir un segundo nacimiento. En efecto, al comienzo del ser cristianos está el Bautismo,

dificultades y los males del mundo, el poder de Dios actúa siempre y hace maravillas precisamente en la debilidad. Su gracia es nuestra fuerza (cf. 2Co 12,9-10). Gracias.

(Saludo a los peregrinos de lengua española)